

ánimos fué menester que condescendiera el Senado en agregar á los dos co-emperadores en calidad de César al joven nieto del difunto Gordiano, llamado como él M. Antonio Gordiano.

Lo mas importante entonces era sostener la guerra contra Maximino. Este empezó á encontrar dificultades serias desde su llegada á Emona. El pueblo había abandonado la ciudad y toda la comarca, que había sido invadida por bandadas de gente hambrienta, y los habitantes se habían llevado todos los víveres con su ajuar; de modo que el ejército de Maximino al pasar los Alpes experimentó grandes penalidades y privaciones, y cuando llegó en el mes de abril del año 238 delante de Aquileya, encontró por parte de los habitantes, dirigidos por dos emisarios del Senado, la resistencia mas tenaz. Todos sus asaltos fueron rechazados é inutilizados, mientras el abastecimiento del ejército sitiador se hizo cada día mas difícil, porque Pupieno supo con la escuadra de Rávena cortar los víveres por mar y en parte hasta por tierra. Maximino perdió entonces la paciencia, y descargando su ira sobre su propia gente, excitó contra su persona el furor de sus soldados, atormentados por el hambre y la miseria. Así en mayo del mismo año se sublevaron abiertamente los de la legión II Pártica, mataron al hijo de Maximino y á su prefecto de la guardia Anulino, y el emperador, viéndolo todo perdido, con feroz energía se traspasó con su propia espada.

Grande fué la alegría en toda la Italia cuando se recibió esta noticia; pero la muerte de Maximino no aseguró, por desgracia, la tranquilidad ni el orden en el interior del vasto imperio.

Los soldados de Maximino enviaron la cabeza de su jefe al emperador Pupieno, en Rávena, el cual se trasladó inmediatamente á Aquileya, donde celebró con sus valientes habitantes la victoria alcanzada, y haciendo la paz en toda forma con las tropas de Maximino, las volvió á dirigir á sus respectivos acantonamientos. Pero apenas hubo regresado á Roma, volvió á oscurecerse rápidamente el horizonte político. Esta vez el Senado había alcanzado una victoria decisiva y evidente sobre el elemento militar, y esto no lo perdonó la guardia pretoriana. Además, nacieron entonces muy inoportunamente celos entre los dos emperadores, porque Pupieno ostentaba mas distinciones honoríficas que Balbino. Para zanjar estas diferencias se convino dividir el gobierno del Estado de la manera siguiente: el joven Gordiano debía continuar en Roma y dirigir allí el gobierno en sustitucion y representacion de los dos emperadores, mientras Balbino se encargaba de la defensa de las fronteras contra los germanos y Pupieno de la direccion de la nueva campaña contra la Persia, campaña que se había hecho indispensable. Por desgracia no llegó á llevarse á efecto tan prudente arreglo, porque á mediados del mismo año 238 estalló, durante los juegos capitolinos, una sublevacion formidable de la guardia pretoriana; y como á causa de las disensiones entre los dos emperadores no pudo acudir á tiempo la guardia germánica, los pretorianos penetraron en el palacio imperial, se apoderaron de ambos, los maltrataron horriblemente, é iban á llevárselos al castillo cuando se vieron atacados por los germanos. Entonces mataron á los dos emperadores y arrojaron sus cadáveres ensangrentados á la calle.

Después de este horrible suceso, no quedó ya remedio mas prudente para todas las partes que el de proclamar emperador al César Gordiano III. Este joven, agraciado corporal, intelectual y moralmente, no contaba mas que trece años, y segun otros diez y seis, por cuya razon el palacio fué por algun tiempo teatro de intrigas de mujeres, eunucos y favoritos; pero no tardó en cobrar una influencia decisiva

sobre el joven emperador un hombre distinguidísimo por su instruccion y demás cualidades, que se llamaba Cayo Furio Sabinio Aquila Timesiteo. Pertenecía á la clase de caballeros y había sido en tiempo del emperador Alejandro Severo procurador imperial en Bélgica, ocupando muchos otros puestos importantes bajo el reinado de otros emperadores. El joven Gordiano tomó por esposa á Sabina Tranquilina, hija de este hombre eminente, al cual nombró en 241 prefecto de la guardia. De este modo llegó á ser el primer personaje del imperio después del emperador. Sabinio gobernó admirablemente el imperio, abolió al instante el abuso de la venta de los empleos, introduciendo unos tres años antes, y el imperio respiró, animado de nuevas y lisonjeras esperanzas.

Entre tanto presentáronse en las lejanas fronteras los persas cada vez mas amenazadores. Había sucedido en el año 240 al rey Artajerjes su hijo Sapor I, llamado rey de reyes, que reinó hasta el año 271. Era este monarca duro, guerrero, impetuoso y notabilísimo bajo muchos conceptos. Empezó su reinado pasando el Tigris con un imponente ejército y conquistando y destruyendo la ciudad de Atra, en el oasis del mismo nombre, que hasta entonces había resistido á los ejércitos persas y romanos. Después tomó á los romanos Nísibe y Carres, y al año siguiente, 241, amenazó hasta á Antioquia y la Siria. Después de hechos los debidos preparativos, Gordiano y Timesiteo se dirigieron en 241 al Asia á la cabeza de un numeroso ejército, atravesando la península Balcánica y teniendo que pelear en el camino con las rapaces tribus godas, sármatas y getas, que habían pasado el Bajo Danubio y estaban asolando la Mesia y la Tracia. Ya en Asia, la guerra contra los persas tomó desde luego un giro muy ventajoso para los romanos, gracias á la extraordinaria pericia de Timesiteo. Se llegó á tiempo de salvar á Antioquia, de arrojar de la Siria las huestes persas, de alcanzar una victoria decisiva sobre el ejército principal enemigo, mandado por el mismo rey Sapor, cerca de Resaina, y de recuperar á Carres y Nísibe. Pero estando el general romano disponiéndose para marchar sobre Ctesifonte, un aventurero brutal, sin conciencia, pero ambicioso y de muy mediano talento, dió á la situacion un nuevo y funesto giro.

Desde la concesion de la ciudadanía romana á todos los hombres libres del imperio, la clase de oficiales y jefes del ejército había ido adquiriendo una fisonomía mas abigarrada, componiéndose de hombres de muy diferentes razas, procedencias, indoles y civilizaciones. El traje y los nombres romanos adornaban frecuentemente á individuos los mas singulares y extraños, y uno de ellos era M. Julio Filipo, llamado *el Arabe* por ser natural de Bostra, capital de la provincia de Arabia, elevada, al parecer por Septimio Severo, á la categoría de colonia romana. Había nacido por el año 204, siendo su padre jefe de una banda de salteadores, de las que tan comunes eran en los distritos de Auranitis y Traconitis. Padre é hijo eran de raza semítica pura, descendientes de una de las tribus sirias que formaban la transicion entre los semitas sedentarios y los árabes errantes del desierto. El hijo entró en el ejército romano, en el cual ascendió bastante, en aquella época tan favorable á los soldados de fortuna, para atreverse á aspirar á la púrpura imperial. Pero lo hizo indirectamente y se valió para llegar á ella de medios reprobados y tenebrosos. Acúsasele de haber envenenado, en el año 243, al entonces irremplazable Timesiteo, para poder pretender por su parte la jefatura de la guardia imperial. Logró efectivamente ser nombrado prefecto, y apenas se instaló en su nuevo empleo, trabajó con toda la astucia y travesura de que era capaz, tejiendo sus falaces redes al rededor del infeliz emperador. Su predecesor había cuidado con tanta habilidad como eficacia de la manutencion del ejército; Filipo, por el contrario,

procuró que la tropa pasase miseria para poderla atribuir al emperador. Al propio tiempo, con liberalidades astutamente empleadas, se formó un gran partido en el ejército, el cual obligó á Gordiano á admitir al árabe en el puesto de co-emperador; y una vez en este cargo, no le faltaron medios de provocar con extralimitaciones brutales varios conflictos que le dieron la ocasion de hacer matar, á principios del año 244, á su desgraciada victima. Una vez emperador único, ya poco le importó que se divinizará en Roma al difunto Gordiano III al depositar sus cenizas en el panteon y que se elevara á su memoria un monumento funerario colosal cerca de Zaita, á orillas del Eufrates, no lejos de Circesio. Este monumento existía todavía á mediados del siglo IV.

Filipo el Arabe no tenía mas pensamiento que consolidarse en el trono, y no estaba dispuesto por tanto á continuar la guerra con la Persia, que en vista de las ventajas obtenidas por Timesiteo podía haber tenido un resultado brillantísimo para Roma. Hizo, pues, la paz de una manera muy poco gloriosa, renunciando á todos los derechos de Roma sobre la Armenia; y segun parece, otorgó además al rey de Persia grandes é innecesarias concesiones en la Mesopotamia, acallando el disgusto de sus tropas con ricos donativos. Procuró tambien desde el primer día de su reinado colocar en todos los puestos importantes del imperio á parientes suyos y hombres de su confianza, y cuando hubo llegado á Roma veló con gran interés por el bienestar del pueblo. Favoreció á su patria especial con notable solicitud, y entre otras mercedes, en los años 247 á 249, elevó al lugar que hoy se llama Chehbé á la categoría de ciudad y colonia romana, dándole el nombre de Filipópolis. Por algun tiempo se sostuvo bastante bien, y hasta consiguió victorias militares que le permitieron ceñir su frente de laureles. En su reinado fueron desarrollándose visiblemente los síntomas de la inmensa tempestad que amenazaba por el lado del mar Negro y del Bajo Danubio, y que al estallar poco tiempo después, tantas desgracias debía causar en una gran parte del imperio. De los datos existentes resulta que estaba ya entonces, y desde bastante tiempo antes, muy comprometida la seguridad del dilatado territorio comprendido entre el mar Negro, el Dniester y los Carpacios. Los pueblos que ocupaban lo que hoy es la Rusia meridional, habían conocido la flaqueza del imperio por aquel lado y pugnaban para penetrar por aquella ancha abertura en las opulentas comarcas de la provincia Balcánica y abrirse el camino desde allí á Italia y al Occidente. Una vez atravesada la frontera, abalanzáronse por aquel camino, durante el inmenso y lúgubre período de diez siglos, innumerables masas de germanos, eslavos y turanios que se renovaron sin cesar. En tiempo del emperador Filipo hacíase ya muy molesta por aquel lado la presion del grupo godo, y del lado de la Transilvania la de los gépidos. Las tribus getas y dacias habían sacudido ya el yugo romano en la parte oriental de la Dacia, por efecto de la presion de las masas godas, y molestaban las comarcas romanas con osadía creciente desde la muerte del temido Timesiteo. Entre otros grupos de germanos, el de los carpos, tribu de los getas, fué el que mas daños causó entonces en el Bajo Danubio, y contra ellos se puso en campaña el emperador Filipo en los últimos meses del año 245. La lucha se prolongó hasta el año 247, en el cual el emperador, después de guerrear con muchas otras tribus de germanos, consiguió una victoria decisiva sobre los carpos, que se sometieron á las condiciones de paz que les impuso. De regreso á Roma, pudo celebrar Filipo al año siguiente, con magnificencia nunca vista y funciones grandiosas del circo, el milenario de la fundacion de Roma, que segun se calculaba correspondía á aquel año, que fué tambien el de la mayor fortuna de Filipo el Arabe.

Este emperador no supo curar ninguno de los males interiores del imperio, ni contener siquiera el espíritu díscolo del ejército, mas ingobernable que nunca desde su elevacion al trono, ni tampoco tuvo siempre buen acierto en la eleccion de los altos funcionarios de las provincias. Sobre todo su hermano Prisco, que tenía un mando superior en Oriente, con su carácter repugnante y las cargas tributarias que impuso provocó en la Siria una rebelion dirigida por un tal Jotapiano, que pretendía descender de Alejandro Magno. Peor fué la sublevacion de las legiones acantonadas en la Mesia y la Panonia, las cuales ya indisciplinadas desde mucho tiempo antes, proclamaron emperador á su jefe Marino á la vista del gobernador general de la Mesia, Severiano, cuñado ó yerno de Filipo. Estas sublevaciones fueron sofocadas, pero otro alzamiento en el país danubiano consumió la ruina de Filipo.

Para restablecer sólidamente el orden en las legiones de Mesia y Panonia, encargó su mando á Cayo Mesio Quinto Trajano Decio, uno de los senadores mas distinguidos y capaces de aquella época, y además valiente y decidido. Decio, previendo lo que inevitablemente había de suceder, renunció el encargo; pero finalmente hubo de aceptar, y sucedió lo que había temido. Tan pronto como hubo llegado al Danubio, ocurrió á las legiones la idea de conseguir á la vez y de un solo golpe dos objetos: evitar el castigo que les aguardaba y dar al imperio un emperador digno. Así, pues, eligieron y proclamaron como tal á Decio, que no buscaba este honor, y se resistió á admitirlo hasta que tuvo que ceder á la fuerza. Los dos competidores se prepararon con actividad suma á disputarse la púrpura, y á principios de setiembre, ó por lo menos antes de mediados de octubre del año 249, se dió cerca de Verona la batalla decisiva, saliendo vencedor Decio. Filipo murió, no se sabe si en la lucha ó después, á manos de su gente, á orillas del Adige. Su hijo fué muerto en Roma por la guardia pretoriana, y Decio quedó único dueño del imperio; pero el destino fatal quiso que este y otros emperadores distinguidos, apreciados por el Senado y el ejército, hubiesen de expiar los errores y crímenes espantosos cometidos por otros en el período anterior.

Decio era miembro, como los grandes emperadores Adriano y Trajano, de una rica y distinguida familia romana provincial que se había establecido en la Panonia Baja, en Budalia, cerca de Sirmio. Allí nació en el año 201, y fué el primero de la serie de emperadores enérgicos, inteligentes y heroicos que la Iliria dió al imperio. Era soldado valiente, general perito, y desde mucho tiempo uno de los miembros mas distinguidos del Senado, romano hasta la médula y amigo de Valeriano, que después fué tambien emperador. Desde luego tuvo el propósito de gobernar como romano antiguo, y el Senado pudo felicitarse sabiendo que este emperador había de respetar sus fueros y privilegios. Decio, que era idealista hasta donde un romano podía serlo, quiso tambien restablecer la moral severa y tradicional de los romanos antiguos, á fin de detener la decadencia del imperio. A este fin ocurriósele restablecer la institucion antiquísima de los censores, con su poder discrecional en materia de policía y moral pública. Dejó al Senado el nombramiento del primer censor, y aquella corporacion eligió por aclamacion al ya citado Valeriano, el cual, comprendiendo con su claro talento las innumerables dificultades con que tendría que tropezar en el cumplimiento de los deberes que le imponía este cargo, lo renunció, diciendo que correspondía exclusivamente al emperador.

Esta tendencia ultra-romana del afable, virtuoso, rígido y activo Decio, fué cabalmente la fuerza que le impulsó á abrir la primera campaña sistemática contra los cristianos, que

desde el tiempo de Septimio Severo habían disfrutado de tranquilidad y tolerancia, tanto que los historiadores atribuyen á Alejandro Severo y á Filipo intenciones decididamente favorables á los cristianos. De todos modos, parece que los emperadores originarios de Oriente y del Africa no eran instintivamente hostiles á la religion cristiana, como los emperadores romanos hijos de Italia ó de las provincias europeas. En este período se había aumentado considerablemente la familia cristiana, y la nueva religion empezó á penetrar gradualmente en las clases superiores y mas ilustradas de la sociedad, y á extenderse tambien notablemente desde Lyon y Vienne, como focos, por toda la Galia.

En la literatura de aquella época era ya visible la participacion del cristianismo. Especialmente en Africa, distinguíanse varios autores representantes de la latinidad africana que en su mayor parte seguían el derrotero de Tertuliano. El representante mas notable de esta latinidad en la época de Decio fué Tascio Cecilio Cipriano, que vivió aproximadamente desde el año 200 hasta 257 y fué elegido por sus correligionarios obispo de Cartago en el año 248. Cipriano



Moneda de oro de Filipo el Arabe con la inscripcion:  
IMP. M(arcus) IVL(ius) PHILIPPVS AVG.

era persona de gran instruccion literaria, y sus escritos apologeticos y pareneticos, que se distinguen por su lenguaje correcto y estilo claro y ameno, gozaron y conservaron por largo tiempo mucha consideracion. Comodiano, natural de Gaza, en el país de los filisteos, era poeta cristiano mas notable por su ardor religioso y fuego poético que por su destreza literaria. Las polémicas en el seno de la Iglesia daban mucha vida á la literatura cristiana. El célebre Orígenes, que nació por el año 185 y vivía en Alejandría, quiso conciliar la religion cristiana con la filosofia neo-platónica que entonces gozaba de gran aceptación, con lo cual encendió una guerra literaria que duró siglos. En las provincias se multiplicaban los concilios; pero á medida que prosperaba el cristianismo y se aumentaba el número de sus partidarios, entraban en el gremio muchas pasiones del mundo profano; las diferencias de opinion iban en aumento, y cada vez se hacia mas difícil el conservar la moral cristiana en su pristina pureza. Las polémicas enardecían ya entonces los ánimos hasta el punto de mezclar en las discusiones ataques personales y acusaciones de la peor especie, tanto que es difícil descubrir la verdad histórica al estudiar las tristes consecuencias de la rivalidad entre los arrianos y los homusianos.

A pesar de todo, hallábase el cristianismo en un estado próspero cuando la nueva política del emperador Decio dió á conocer cuáles eran los cristianos verdaderos y cuáles los flojos. Como restaurador decidido del génio romano antiguo, el nuevo emperador no podia menos de mirar á los cristianos como adversarios de su política, porque lo eran de la antigua religion del Estado, del cual se aislaban, y venían por lo mismo á formar un Estado dentro de otro, siendo por esta y otras diferencias un obstáculo mayor ó menor, pero positivo, al restablecimiento del antiguo romanismo. Esta idea impidió á Decio reflexionar que podia utilizar la moral, el valor del sacrificio y la vigorosa organizacion social de los cristianos como un elemento auxiliar para sus proyectos de reforma. Su orgullo romano no veía en el cristianismo sino un obs-

táculo al fomento y al enaltecimiento de la antigua religion romana, y con esta conviccion le declaró guerra á muerte, y organizó la primera persecucion sistemática y en grande escala de esta parte de los súbditos del imperio con el firme propósito de exterminar metódicamente el cristianismo.

A principios del año 250 recibieron los gobernadores de todas las provincias, bajo la amenaza de grandes penas en caso de demora ó de flojedad, la órden perentoria de proceder con rigor, en todos los territorios de su mando, contra los cristianos, y obligarlos á volver á la religion del Estado. La intencion de esta órden no era organizar matanzas sino reducir á los cristianos á la antigua fe por medio de un rigor metódico y gradual que en caso de obstinacion podia llegar, para servir de ejemplo, á sentencias de muerte contra los individuos refractarios mas notables. En el ejército debia ser el procedimiento mas breve y mas duro, pero respecto de los demás cristianos, se les intimó la órden de cumplir el edicto del emperador dentro de un plazo fijo, bastando para ello sacrificar en un altar pagano, siendo lo mas preferido el acto de quemar incienso delante de la imágen de un emperador y cumplir exteriormente con los demás actos del culto antiguo. En caso de desobediencia se formaba al individuo rebelde causa criminal y se aumentaba gradualmente el castigo, segun el grado de resistencia de los cristianos y el carácter benigno ó cruel de las autoridades. Así se emplearon primero amonestaciones amistosas, luego apremiantes, despues la prision, el destierro, y en muchos casos la tortura y la pena de muerte. Los castigos mas graves fueron los que sufrieron por lo general los obispos y otros clérigos principales, contra los cuales iba dirigida especialmente la persecucion brutal, para espantar á su grey, dejarla sin jefe y reducirla así á la obediencia. Por eso tantos de estos varones eminentes padecieron la muerte, como Fabiano, obispo de Roma, que pagó su fe con la vida el 21 de enero del año 250. No por esto dejaron de sufrir el tormento y la muerte muchos otros cristianos, ancianos, niños, hombres adultos y mujeres. Muchas veces tomó parte en la persecucion el pueblo fanático, y no faltaron delatores y personas vengativas y codiciosas que aprovecharon esta época de persecuciones para saciar sus innobles instintos. Alejandría, donde el populacho era temido por su ferocidad, presencié escenas horrosas de esta clase, y hubo tambien matanzas horribles en el Asia Menor. Menos dura fué la situacion de los cristianos en Africa, donde se les permitió expatriarse voluntariamente con tal que abandonasen sus bienes al fisco, como lo hizo el obispo Cipriano, con el objeto de conservarse para su grey y trabajar por ella desde lejos. En la Grecia europea hubo comparativamente pocas víctimas, pero en cambio fué grande su número en Roma, donde muchas veces dirigía Decio en persona la persecucion y procuraba impedir por todos los medios posibles la eleccion de un nuevo obispo. Las catacumbas recibieron entonces gran número de mártires, y además había un cementerio cristiano fundado junto á la Via Apia, en una posesion de Cecilia, en tiempo del obispo Ceferino (202-208), cementerio que, como las catacumbas, había sido aprobado oficialmente y era conocido por el nombre de Calixto, su primer administrador, entonces archidiacono, y que despues fué obispo de Roma desde el año 208 hasta el 222. En este cementerio encontró su última morada el mismo obispo y sus sucesores hasta Melquíades, que murió en el año 314.

Ya hemos dicho que la persecucion decretada por Decio, aunque terrible, no debe ser considerada como una matanza sistemática, porque por una parte fué corto su período algido, y por otra fué grandísimo el número de cristianos que para evitar el martirio prestaron obediencia al edicto del

emperador ó lo eludieron de otra manera. Con esto se separaron de la comunidad cristiana los elementos débiles, pero en cambio surgieron posteriormente grandes discusiones en la Iglesia cuando se trató de saber si los que se habían separado podían volver á ser admitidos en ella, despues de arrepentidos y prévia penitencia. Durante mucho tiempo continuó siendo precaria la situacion de los cristianos, porque sobrevinieron nuevas y grandes calamidades públicas que les expusieron al furor del populacho, especialmente en Oriente.

Poco tiempo pudo ocuparse el emperador Decio en los asuntos del gobierno interior del imperio, porque había llegado la época terrible y larga durante la cual el imperio pareció un vasto campamento fortificado, bloqueado y acometido por todas partes, necesitando todas sus fuerzas para resistir la formidable embestida de las oleadas germánicas, que desde el Danubio pugnaban por derramarse sobre todo el territorio romano. Es difícil decir cuál fué la causa inmediata que impulsó á los godos á embestir, á mediados del siglo III, con tan grande empuje al imperio romano. Se supone que contribuyó á ello la suspension de los donativos anuales que Alejandro Severo había concedido á los jefes godos y que el emperador Filipo suspendió. Pero lo cierto es que los pueblos estacionados en la Rusia meridional y al norte del Danubio tenían conocimiento del estado interior del imperio, y en sus contínuas correrías se habían enterado de las condiciones de defensa en que se hallaban la frontera y las provincias inmediatas. Así fué que sus expediciones se hicieron siempre en mayor escala, hasta adquirir las proporciones de guerras de conquista, y condujeron á ocupaciones permanentes de comarcas cada vez mas dilatadas en las provincias limítrofes. Entre los pueblos bárbaros que efectuaron estas invasiones, ocuparon el primer lugar entonces por su número y poderío los godos, que se dividían en dos grandes grupos, el de los grentungos y el de los tervingos; los primeros, llamados despues ostrogodos ó godos orientales, ocupaban el territorio situado entre el Don y el Dnieper, y los segundos, llamados visigodos ó godos occidentales, dominaban en las comarcas al Sur de los Carpacios. No les siguieron sus afines las tribus gepidas, pero se les unieron otros pueblos, como los carpos de la Dacia, grandes masas de hérulos, que tambien eran germanos, los buranos, que no se sabe á qué raza pertenecían, y muchos otros pueblos sármatas, ribereños entonces del mar Negro. Todos estos enemigos fueron peligrosísimos para el imperio romano, ya por su multitud inmensa é inextinguible y su consiguiente tenacidad, ya por la rapidez de sus movimientos, que inutilizaba todos los cálculos.

El jefe mas influyente entre los godos era entonces el rey Kniva, que en el año 250, cuando la guerra de los marcomanos, dió la primera arremetida de grandes proporciones á la frontera romana, y por haberse mermado las guarniciones romanas á consecuencia de la lucha entre Filipo y Decio en el año anterior, pudo penetrar con grandes masas en la Dobrutcha y caer sobre la plaza fuerte de Marcianópolis. Kniva subió con otras masas por la orilla del Danubio y llegó á Novas, donde le cerró el paso el gobernador general Cayo Vibio Trebonio Galo, encargado de la defensa de aquella frontera. Entonces los godos, como otros bárbaros, eran por lo general impotentes contra plazas fuertes defendidas por una guarnicion valiente, pero en cambio pasó mucho tiempo antes de que los romanos y luego las milicias se acostumbraran, á fuerza de encuentros, á luchar cuerpo á cuerpo con aquellos hombres de grande estatura, de cara feroz, ojos chispeantes y mirada siniestra, que iban cubiertos de pieles y entraban en combate con terrible gritería y aullidos de guerra. Kniva, despues de perder mucha gente, desistió de

sus ataques á Novas, y los godos que tenían cercada á Marcianópolis recibieron tambien una leccion dura; por lo cual se dirigieron todos á Nicópolis.

Entre tanto, á fines del año 249 había llegado á la Mesia el hijo del emperador, el jóven César Herenio Etrusco Mesio Decio, probablemente con las legiones ilíricas, para rechazar á los godos, hasta que su padre pudiese acudir á encargarse de la direccion de la campaña. Los godos al verse acosados se internaron en las fragosidades de los Balcanes, los atravesaron y pusieron cerco á la opulenta ciudad de Filipópolis, en la Tracia. Las tropas regulares y las milicias de la Tracia, á las órdenes de L. Prisco, gobernador general de Macedonia, defendieron heroicamente la ciudad; pero el hijo del emperador, que había seguido con su ejército á los godos, al querer pasar por las inmediaciones de Beroica se vió súbitamente atacado por los enemigos, los cuales derrotaron y dispersaron al ejército romano y le obligaron á replegarse



Decio (Museo Capitolino)

sobre las fortalezas del Danubio. Entonces Filipópolis no pudo sostenerse por mas tiempo. Fuese por traicion ó por cobardía, Prisco entregó á los godos la ciudad, en la cual los bárbaros hicieron una matanza horrorosa, y teniendo el país abierto, saquearon y devastaron las llanuras de la Tracia y Macedonia.

En estas circunstancias se apresuró Decio, con su amigo Valeriano, á acudir en persona al teatro de la guerra, á fines del año 250, y desde luego se hizo sentir su actividad en todas direcciones. Reuniéronse los restos del ejército derrotado, se cubrieron las bajas, se engancharon para el servicio contingentes aun entre los mismos bárbaros, y se llegó á constituir con todas estas fuerzas un nuevo ejército; se reorganizó la parte de la Dacia que continuaba en poder de los romanos, y fueron aumentadas y fortificadas sus plazas fuertes. En el interior de la península balcánica se hicieron nuevas obras de defensa en las ciudades y en los puntos estratégicos mas importantes, como Tesalónica, los desfiladeros de los Balcanes, las Termópilas y otros; se reforzaron las guarniciones y se abastecieron y pertrecharon los puntos de defensa. El eminente romano ilírico Marco Aurelio Claudio, de Dardania, hijo natural de uno de los Gordianos, que había nacido al parecer el 10 de mayo del año 225, y que desde muy jóven se había hecho notar por sus eminentes cualidades, fué encargado de defender, á las órdenes del gobernador general de Acaya, los desfiladeros de la cordillera